

A mi no me pasó nada, pero....

“Nothing happened to me, but...”

Luisa Vivanco

The work I would like to present proposes a reflection about the problem of constructing collective memory when the lived experiences correspond to traumatic events as the ones that occurred during State Terrorism. The paradox that arises when facing the need to remember, the ethical must to not forget and, on the other hand, the impossibility of talking about what it is unbearably painful, and as such, is denied or suppressed.

¿How a narrative that depicts horror is constructed? The process of construction of historic memory is related to the socio-cultural context that it belongs to. Jorge Semprun, a survivor of concentration camps in Europe, said that in order to be able to talk a community of “listeners” is required, of those that are willing to listen. ¿How is it possible to break through the walls of the social-silence imposed by the military dictatorship? My presentation brings the contributions we are developing from the field of psychology and human rights on these topics.

Palabras clave: STATE TERRORISM, SOCIAL-SILENCE IMPOSED, COLLECTIVE MEMORY

Cada vez que en oportunidad de charlas o talleres de reflexión acerca del Terrorismo de Estado, surge con espontaneidad esta frase desde los participantes, quienes venimos trabajando estos temas, sentimos una señal de alarma. Propongo detenernos en la última palabra, ese “pero” que desdice lo anteriormente afirmado... ¿No sería esta frecuente expresión una evidencia de que aún perduran ciertas actitudes reconocidas como efectos psicosociales del terrorismo de estado?

Generalmente el “pero” continúa con algunas aclaraciones :

- en la cuadra donde vivimos pusieron una bomba*
- tengo amigos que nacieron en otro país porque sus padres se tuvieron que ir*
- tengo un amigo que es hijo de desaparecidos*
- mi mamá estuvo detenida y no quiere hablar de eso*
- un tío mío estuvo preso, ahora nadie en la familia se le acerca*
- sé que mis viejos perdieron un montón de amigos*
- conozco una señora que cada vez que ve un grupo de policías en la esquina se enferma, le falta el aire, tiene palpitaciones....*

¿Sería posible pensar que el “no nos pasó nada” fuese una manifestación de las representaciones sociales construidas desde lo reprimido? Cuando se genera un espacio de confianza en un grupo, y se utilizan estrategias de abordaje como el trabajo en escenas, que permite el despliegue de lo imaginario, surgen con claridad las imágenes que hablan de lo fantasmático grupal, registrado en la memoria del cuerpo

Entre los valiosos aportes acerca de este tema, vamos a referirnos en primer lugar a los trabajos de Diana Kordon y Lucila Edelman, quienes a partir de su experiencia con familiares de desaparecidos, fueron quienes comenzaron a sistematizar sus observaciones. En sus primeros escritos ya aparecen con claridad los síntomas individuales, familiares y colectivos que fueron surgiendo ante el avasallamiento y violencia aterrizante impuestos desde la dictadura militar.

El terrorismo de estado, para lograr sostenerse y suprimir toda señal de resistencia, utilizó diferentes estrategias. Por un lado, con el poder que ejerció

desde los medios de comunicación, sostuvo un discurso permanente que consistía en inducir a desconocer lo que estaba ocurriendo, negando lo que realmente sucedía.

Las personas desaparecían, en general a partir de secuestros realizados por patotas no identificadas, encapuchadas, pero con claras señales de que quienes actuaban tenían todo el poder e impunidad. Cuando sus familiares se dirigían a comisarías, a los juzgados, se negaba la existencia del desaparecido, se negaba su detención, mientras simultáneamente se hacía circular la idea de que quienes desaparecían habían sido asesinados por sus compañeros, o estaban fuera del país, gozando de muy buenas condiciones de vida. Esta campaña fue acompañada de una censura absoluta y persecución a todos los medios que intentaban desmentir la versión oficial, en una escalada permanente en la que se suprimieron periódicos, se prohibieron libros, películas, canciones, de modo que quien osara hablar de lo que realmente pasaba era registrado como amenazante para su entorno social. Fue lográndose así el acatamiento a la **norma de silenciamiento social** impuesta, que, junto al mecanismo de **renegación** - por el cual se negaba como cierto lo que se percibía- son dos de los efectos psicosociales que en algunos sectores, todavía perduran.

Eduardo Pavlovsky, psicoanalista y terapeuta de grupos, aporta su testimonio desde su mirada ético-clínica:

“Un síndrome general de adaptación. La frase que amenaza es apoderada por un discurso. Otro, que asegura la sobrevivencia y disminuye el ribete trágico del gran violador del PACTO. El PACTO es clave. No se puede nombrar lo innombrable. Algo se torna innombrable. Algo ha de ser evitado de nombrar. La verdadera incertidumbre es no saber exactamente la palabra innombrable. Reflejo del inconsciente social. Registro asociativo de palabra nombrada y muerte....” “La dialéctica de la persecución social se ha interiorizado. No hay explicitación del movimiento totalizador. Cualquier discurso que superase el límite previsible de lo pactado por la norma interiorizada, será regulado por el grupo mismo, o el portavoz de la violación será callado por el coro de otras

voces. *El grupo funciona como un censor de las individualidades más transgresoras de la norma social interiorizada”*¹

La misma figura del desaparecido, por otra parte, provocaba situaciones de angustia paralizantes y shock sostenido, ya que la falta de información sobre lo que realmente ocurría, producía incertidumbre, y sentimientos de culpa al no poder encontrar una respuesta correcta ante la situación impuesta. Se inducía a dar por muertos a los desaparecidos, pero en todas las culturas del mundo, en distintos tiempos históricos, existen rituales que responden a la necesidad de elaborar la pérdida del ser querido, y poder hacer el duelo correspondiente. Aquí, ante la ausencia del cuerpo, se dio lo que algunos analistas denominaron “duelo suspendido”. Durante mucho tiempo los familiares oscilaban entre aceptar la muerte como probable, o continuar con la búsqueda, ante algunos indicios que siempre alimentaban la esperanza. Desde el poder, en numerosas ocasiones se inducía a guardar silencio, ya que se sugería que hacer la denuncia podía perjudicar a quien había sido secuestrado. Lo contradictorio, las señales de que existían personas que continuaban secuestradas, como luego comprobamos con los sobrevivientes de campos de concentración, creaban un estado de confusión psicotizante.

Sabemos que los procesos que inciden en la construcción de nuestra subjetividad se vinculan con las representaciones sociales existentes. ¿Cuáles fueron estas representaciones que se fueron armando en el conjunto social, durante el terrorismo de estado cuando estaba prohibido saber lo que realmente pasaba, y cuando incluso era preferible ignorar la realidad, porque conocerla resultaba una amenaza para la propia vida? Si no se puede actuar, para transformar la realidad, (conducta que se refiere a lo que consideramos salud mental) es preferible no saber y por lo tanto no pensar, no sentir.

*Podríamos así hablar de un estado de **alienación**, o de **enajenación**, ya que se tomó como propio el discurso del otro, impuesto por una situación aterrizante, tan largamente prolongada, que finalmente se naturalizó, y se negó. Muchas personas dejaron de participar, abandonaron conductas*

¹ Eduardo Pavlovsky, “Lo fantasmático social y lo imaginario grupal”, en Lo Grupal 1, edic. Búsqueda.

solidarias, se refugiaron en actitudes de evasión y renegación de su propia historia, lo que hoy nos lleva a nuevos interrogantes que nos desafían en la tarea terapéutica.

Si la condición de sobrevivencia requería la negación de la propia identidad, la prohibición de expresarse con libertad, el ocultamiento y la negación de los afectos, podríamos analizar cómo se produjo en dichas condiciones la construcción de la subjetividad, que se realiza mediante la internalización de los vínculos con otros. Durante el terrorismo de estado fue surgiendo lo que podríamos llamar “la cultura del miedo”, ya que todos los aspectos de la vida cotidiana fueron atravesados por el temor, que acabó por incorporarse en forma automática, naturalizándose.

Por otra parte, debemos mencionar también a quienes, a pesar del miedo, mantuvieron una coherencia activa, sosteniendo un vínculo interno con su propia historia y con quienes fueron perseguidos, pero por eso mismo debieron aislarse, al no encontrar el sostén colectivo necesario. Cuando hallaron un grupo de pertenencia, como fueron los espacios construidos por las madres y los familiares de desaparecidos y presos políticos, pudieron realizar la necesaria tarea de elaboración sobre lo sucedido y a partir de allí, crear conjuntamente instancias superadoras.

Ana María Fernández, en un trabajo que titula “De lo imaginario social a lo imaginario grupal” se pregunta qué es lo que sostiene a una determinada sociedad constituida como tal. Y encuentra la respuesta en el imaginario social compartido, que es el conjunto de significaciones atribuidas al acontecer histórico. Es decir, las interpretaciones que hacemos de los hechos y circunstancias vividos. Estos atravesamientos, que nos marcan en nuestra singularidad, y nuestra vida social, son significados en la medida en que los podemos comprender y elaborar. Así, la identidad individual se construye junto a la posibilidad de poder responder por nuestra identidad y memoria colectivas.

Frente al discurso instituido desde el poder, y como hechos que también hacen hoy a nuestra verdadera historia, fueron surgiendo con coraje nuevos organizadores de sentido, prácticas sociales que rompieron con el mandato de

silencio. Estos empecinamientos, las variadas formas de resistencia que se fueron creando, dan cuenta de lo que Ana M. Fernández designa como “ lo imaginario social no instituído, radical, instituyente siempre, utópico a veces, que da cuenta de la existencia de deseos que no se anudan al poder, que desordenan las prácticas, desdisciplinan los cuerpos, deslegitiman sus instituciones y en algún momento instituyen nueva sociedad.”

Entonces, ante la enunciación de que “A mi no me pasó nada, pero”, podríamos preguntarnos: ¿es posible aislar los procesos de construcción de identidad del entorno social, histórico y cultural donde transcurren?

Si alguien siente que a su familia no le pasó nada, en un contexto de país arrasado, donde desaparecieron 30000 personas, diez mil fueron detenidas, y miles se tuvieron que ir, por lo menos, podríamos pensar que en esos grupos no rigió el principio de realidad.... Todos vivimos la expulsión de docentes en la Universidad por el sólo hecho de pensar diferente y asumirlo. Todos supimos de libros quemados, de vecinos detenidos, escuchamos los disparos y bombas en la noche. Todos sabíamos que habíamos perdido la libertad de expresar nuestras ideas y sentimientos. El estado de sitio generaba un clima donde una reunión de amigos se transformaba en sospechosa de alterar el orden impuesto. ...

Diana Kordon y Lucila Edelman en un texto titulado Efectos Psicológicos de la Represión Política II, afirman:

“El problema no afectó solamente a aquellos niños o adultos que fueron víctimas directos de la represión, o a sus familiares o amigos. Lo que a cada uno de ellos le ocurrió nos involucró a todos. A cada desaparecido corresponden muchas otras desapariciones, de distinta naturaleza, desaparición de la libertad de pensar, de actuar, de producir, de crear, de gozar; en todos y en cada uno de los que vivimos esos tiempos.

El cuerpo social fue herido en sus entrañas, simbólica y concretamente.”

En ocasiones de acercamiento a estos temas con la modalidad de taller, grupos de jóvenes compartieron las imágenes que surgían ante lo que fue el terrorismo de estado:

- *Mis viejos sacando libros de la biblioteca, muy asustados.*
- *Mi mamá pintando de negro un poster del Che*
- *Gente pisoteada, golpeada, asesinada en las calles*
- *Uniformados reprimiendo una manifestación, gritos, corridas, llantos*
- *El sonido de los helicópteros, permanente*
- *Cadáveres mutilados en los ríos, en las playas*

La posibilidad de poner en común este imaginario guardado en algún rincón de la memoria, permitió, en estos encuentros, la posterior reflexión sobre lo acontecido.

Resulta muy difícil poder analizar lo que le sucede al ser humano en situaciones límites, donde todos los parámetros que constituyen el sostén de una identidad social han sido borrados. En tal grado de intemperie psíquica, cuando no existe ninguna ley que regule el accionar colectivo, cuando desconocemos absolutamente cuáles son las reglas de juego, es casi imposible seguir actuando.

Silvia Amati, en un texto que tituló “Aportes psicoanalíticos al conocimiento de los efectos de la violencia institucionalizada”, se preguntaba: ¿Qué nos hace aceptar lo inaceptable? Este interrogante la llevó a indagar sobre los mecanismos que llevan a la sociedad a vivir situaciones que posteriormente se asumen con signos de vergüenza ante lo que es registrado como claudicación y sometimiento. A partir de su tarea como psicoanalista, y de los testimonios de personas entrevistadas, afirma: “En condiciones de violencia social, toda persona acepta cada vez más lo que desaprueba”, y menciona una sintomatología social frecuente en personas que han atravesado situaciones límites como la bomba de Hiroshima, como los campos de concentración nazis, que es un estado de “anestesia afectiva”, acompañado a veces de “obnubilación de la conciencia”, como último recurso para no enloquecer, o

morir. Esto implica necesariamente, el familiarizarse con lo siniestro, adaptarse, para dejar de sufrir. Hay coincidencias aquí con lo que Pilar Calveiro designa como “anonadamiento”, que impide ver, produciendo una relación hipnótica con el poder, que ella misma pudo detectar en los campos de concentración.

La naturalización de lo contradictorio y ambiguo, el trastocamiento de los lugares de la salud y la enfermedad – no olvidemos que se llamó locas a las Madres, que eran las únicas que señalaban la realidad- son signos del sometimiento impuesto. Y ya Donald Winnicott nos advirtió que el acatamiento era una base enfermiza para la vida, y que en situaciones límites, lo que nos preserva es la resistencia y la creatividad. Muchos ejemplos en este sentido los encontramos en quienes fueron presos políticos, y en grupos que supieron encontrar estrategias para resistir, sostenerse y abrir así la posibilidad de redefinir la historia.

Hoy tenemos la posibilidad de conocer, y por lo tanto asumir una posición en relación a los acontecimientos sociales que nos atravesaron.

Hoy los jóvenes quieren saber, y en muchas ocasiones, se encuentran-todavía!- con el silencio de los padres, o docentes, que no les transmiten lo vivido. René Kaes hablaba del “pacto denegativo” para explicar un especie de acuerdo no explícito, por el cual en un grupo social, o grupo familiar, no se habla de aquello que pudiera amenazar el vínculo existente. Así, se sostiene precariamente un circuito de relaciones en donde todos actúan como si nada hubiera pasado, guardando silencio sobre lo que resulta doloroso o difícil de nombrar.

Desde el psicoanálisis sabemos que lo que silenciamos y reprimimos, encontrará a través de los síntomas su camino de expresión. ¿Qué síntomas sociales encontramos hoy entre quienes pretender olvidar la historia reciente?

En numerosos talleres donde abordamos temáticas que hacen a la construcción de la memoria y la identidad, cuando se genera un dispositivo adecuado, en un clima de confianza y contención, surgen relatos largamente silenciados. Y es que para poder hablar, como dijo Semprún, sobreviviente de campos de concentración durante el nazismo, se requiere de una comunidad de oyentes.

Hemos aprendido que lo negado, lo oculto, al ser impensable, no permite el aprendizaje necesario para que estos hechos no se repitan. La ambigüedad, que resulta impenetrable, impide la capacidad de discriminación y análisis necesarios para una elaboración superadora.

H. Piralian, pensador armenio, lo expresa con claridad: “lo que se proponen los responsables del genocidio es además del asesinato colectivo de los sujetos, el asesinato de lo simbólico mismo, de su transmisión, es decir de la posibilidad de su constitución por los sobrevivientes.”

Pablo Neruda lo expresa con bellas palabras:

*Doy fe!
Yo estuve allí
Yo estuve y padecí
Y mantengo el testimonio
Aunque no haya nadie que recuerde
Yo soy el que recuerda
Aunque no queden ojos en la tierra
Yo seguiré mirando
Y aquí quedará escrita aquella sangre
Aquel amor, aquí seguirá ardiendo,
No hay olvido, señores y señoras,
Y por mi boca herida
Aquellas bocas seguirán cantando*

Hoy nos encontramos con sobrevivientes de campos de concentración, con familiares, compañeros de estudio y de trabajo de desaparecidos, que necesitan y desean dar su testimonio. Hay una necesidad colectiva de reconstruir lo que nos pasó, y de salir del lugar del padecimiento para asumir el rol de testigos. Para que esto sea posible, se requiere de una comunidad que los acompañe y los sostenga. No podemos permitir que el recordar y dar

cuenta de lo que realmente sucedió resulte retraumatizante para quienes están aportando a la búsqueda de la verdad y la justicia. No podremos construir un futuro con tanto dolor, tantos daños en la trama social. El fin de la impunidad y la sanción a los responsables de las heridas todavía abiertas, responde a una necesidad que apunta a la posibilidad de reparación. Por eso estamos aquí, para acompañar y acompañarnos, desde nuestra propia implicancia y deseo, en este camino.

Luisa Vivanco

Integrante de la Comisión de Derechos Humanos del Colegio de Psicólogos de Tucumán.

Teléfono: 4255777. Cel: 155858409. Correo Electrónico: luvivanco@gmail.com

Bibliografía:

Pavlovsky, Eduardo: "Lo fantasmático social y lo imaginario grupal", en Lo Grupal 1. Edic. Búsqueda.

Diana Kordon, Lucila Edelman, Darío Lagos, Daniel Kersner: "Efectos Psicológicos y Psicosociales de la Represión Política y la Impunidad", Ediciones Madres de Plaza de Mayo.

Semprún, Jorge: "La escritura o la vida", Tusquets Editores.

Puget, Janine- René Kaes, (compilación) "Violencia de Estado y Psicoanálisis", Bibliotecas Universitarias, Centro Editor de América Latina.

Fernández, Ana María: "Tiempo histórico y Campo Grupal", Edit. Nueva Visión.